

**SÁBADO**  
**29 DE JUNIO**

**COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE**

**Asunto:** ¡HA VUELTO!

*Publicado: 11.47 a. m.*

**Tate Cora:** Hay un taxi en la puerta de la casa. ¿Alguien sabía que iba a volver?

**Preston Seaver:** ¡¿Qué?! ¿Seguro que es ella?

**Tate Cora:** La estoy viendo por la ventana. Es ella. No hay duda, es ella.

**Charlotte Brock:** BORRAD ESTO YA.

## CAPÍTULO 1

NO HUBO FIESTA EL DÍA que Ruby Fletcher volvió a casa. Tampoco aviso, ni tiempo para prepararnos. No oí la puerta del coche, ni la llave en la cerradura, ni la puerta principal. Fueron los pasos —el sonido familiar sobre el suelo de madera, junto a la cocina— lo primero que escuché. Me quedé paralizada frente a la encimera, apreté más fuerte el mango del cuchillo.

Pensé: “No es la gata”.

Contuve la respiración, me quedé muy quieta, muy atenta. Había ruidos de algo arrastrándose por el pasillo, como si estuviera deslizándose contra la pared. Me volví; todavía tenía el cuchillo en la mano, por casualidad con la punta hacia fuera...

Y allí estaba ella, asomada a la cocina. Ruby Fletcher.

Fue ella la que dijo:

—¡Sorpresa!

La que se rio cuando se me cayó el cuchillo —un reflejo brillante entre nosotras— sobre las baldosas, la que disfrutó mi expresión aturdida. Como si nos faltaran motivos para tener los nervios de punta. Como si no temiéramos que alguien entrara a hurtadillas en nuestras casas.

Como si ella no lo supiera.

Me llevó tres segundos encontrar la expresión más adecuada. Me temblaba la mano cuando me la llevé al pecho.

—Ay, Dios mío —dije, para hacer tiempo. Luego, me agaché para levantar el cuchillo y ganar un momento más—. Ruby —dije al erguirme.

Se le ensanchó la sonrisa.

—Harper —contestó alargando cada sílaba.

Lo primero que me llamó la atención fueron los zapatos bajos en la mano, como si de verdad hubiera querido acercarse a escondidas.

Lo segundo, que llevaba la misma ropa que en la rueda de prensa del día anterior: pantalón negro y blusa blanca sin mangas, ahora, sin la chaqueta y con el primer botón desabrochado. Tenía el pelo rubio peinado como en la televisión, pero hoy parecía más aplastado. Y lo llevaba más corto que la última vez que la vi en persona, le llegaba solo hasta los hombros. El maquillaje corrido bajo los ojos, las mejillas brillantes, las orejas levemente rosadas por el calor.

Se me ocurrió que había salido veinticuatro horas atrás y que no se había cambiado de ropa.

Había equipaje detrás de ella, en el vestíbulo —seguramente, el roce contra la pared beis que había oído—, un bolso de cuero marrón y un maletín a juego. Por la ropa, sería fácil imaginar que iba a trabajar.

—¿Dónde has estado? —le pregunté cuando dejó los zapatos en el suelo.

De todo lo que podía haberle dicho... Pero tratar de reconstruir la línea de tiempo de Ruby era un hábito profundamente arraigado en mí y que me era muy difícil abandonar.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Yo también te he echado de menos, Harper. —Evasiva, como siempre.

Era casi mediodía, y parecía que todavía no se había ido a dormir. Tal vez, había estado con su abogada. Tal vez, había

ido a ver a su padre. Tal vez, lo había intentado en algún otro lugar —cualquier otro lugar— antes de venir aquí. Tal vez, había exprimido al máximo estas primeras veinticuatro horas de libertad.

De pronto, cruzó la habitación en busca de un abrazo inevitable. Todo se desarrolló con un ligero retraso, como si estuviera coreografiado. Su manera de caminar era diferente, los pasos más serenos, más intencionados. Su expresión también: prudente, cautelosa. Algo nuevo que ella había aprendido o practicado.

De pronto, me pareció distinta a la Ruby que yo conocía; todas sus proporciones habían cambiado ligeramente: estaba más delgada, más estilizada; los ojos azules, más grandes y claros de lo que yo recordaba; parecía más alta que la última vez que estuvimos en la misma habitación. O, tal vez, era mi memoria la que había cambiado, la que le suavizó los ángulos, la que la convirtió en algo más pequeño, más frágil, incapaz de las acusaciones que se le imputaban.

Tal vez, un artificio de la pantalla de televisión o de las fotos de los periódicos la había reducido a dos dimensiones, e hizo que olvidara a la verdadera Ruby Fletcher.

Me rodeó con los brazos y, en ese momento, volvió a parecer la misma de siempre.

Metió la barbilla angulosa entre mi cuello y mi hombro.

—No te he asustado, ¿verdad?

Sentí su respiración en el cuello, se me puso la piel de gallina. Empecé a reír cuando retrocedí, fue como un delirio, fuerte e intenso, entre la euforia y el miedo. “Ruby Fletcher. Aquí”. Como si nada hubiera cambiado. Como si no hubiera pasado el tiempo.

Inclinó la cabeza mientras yo me secaba las lágrimas.

—Ruby, si hubieras llamado, yo...

¿Qué? ¿Habría planificado la comida? ¿Habría preparado su habitación? ¿Le habría dicho que no viniera?

—La próxima vez lo haré —dijo sonriendo—. Pero eso...  
—Señaló mi cara con un gesto—. Ha valido la pena.

Como si esto fuera un juego, parte de su plan, y con mi reacción le hubiera dado toda la información que buscaba.

Se sentó a la mesa de la cocina; yo no tenía ni idea de cómo seguir, ni siquiera sabía por dónde empezar. Puso un pie debajo de la otra pierna, apoyó un brazo sobre el respaldo de la silla y giró el cuerpo hacia mí, ni se preocupó por disimular el lento examen: primero, los pies descalzos con el esmalte color cereza descascarillado, después los vaqueros cortos deshilachados, después la camiseta sin mangas demasiado grande sobre el bañador. Sentí que detenía la mirada en el pelo, ahora de un castaño más claro, trenzado con descuido sobre el hombro.

—Estás exactamente igual —afirmó con una sonrisa amplia.

Pero yo sabía que eso no era cierto. Había dejado de ir a correr por las mañanas, los músculos de las piernas habían perdido definición, me había dejado crecer el pelo hasta la mitad de la espalda; una transformación opuesta a la de ella. Había pasado el año anterior reevaluando todo lo que creía saber sobre los otros, sobre mí misma. Cuestioné el recorrido que me había traído hasta aquí, la convicción que siempre había tenido a la hora de tomar decisiones, y me preocupaba que, de algún modo, esas dudas se manifestaran en mi comportamiento.

Su mirada me incomodó; me pregunté qué estaría buscando, qué estaría pensando al darse cuenta de que estábamos solas.

—¿Tienes hambre? —pregunté.

Señalé la comida que estaba en la encimera —el queso y las galletas, las fresas en un bol, la sandía que yo estaba cortando— deseando que no me temblara la mano.

Se estiró, subió los brazos sobre la cabeza y entrelazó los dedos: ese crac desagradable de los nudillos que tenía un único objetivo.

—En realidad, no. ¿He interrumpido tus planes? —preguntó, mirando los bocadillos.

Cambié el peso del cuerpo al otro pie.

—Te vi ayer —dije, porque había aprendido de Ruby que responder a una pregunta directa siempre era opcional—. Vi la rueda de prensa.

Todos la vimos. Sabíamos que iba a suceder, que la iban a liberar, sentíamos cómo iba creciendo la indignación compartida, porque después de lo que habíamos pasado —el juicio, las declaraciones, las pruebas—, todo iba a quedar en nada.

Estábamos esperándolo. Hambrientos de información, compartiendo enlaces y actualizando los mensajes del grupo del vecindario. Javier Cora había publicado los datos sin contexto y vi los comentarios que aparecieron en rápida sucesión:

Canal 3. Ahora.

Estoy viendo...

Por Dios.

¿Esto es legal?

Por experiencia, ya sabíamos que no debíamos decir demasiado en los mensajes, pero lo habíamos visto todos. Ruby Fletcher, con la misma ropa que el día de su detención y una leyenda en la parte de abajo de la pantalla mientras ella está de pie, en el centro de una multitud de micrófonos: SE PRESUME INOCENTE. Simple pero eficaz, o, tal vez, completamente cierto. El juicio estuvo contaminado, se tachó de parcial la investigación y el veredicto fue desestimado. Si Ruby era inocente, era otro tema muy distinto.

—Ayer —dijo sin aliento, eufórica, con el rostro levantado hacia el techo— fue una locura.

Parecía tan equilibrada, tan estoica, en la televisión. Una versión reprimida de la Ruby que yo conocía. Pero mientras hablaba, yo me había inclinado hacia el televisor desde el sofá donde estaba sentada. Incluso desde lejos, podía inclinar la gravedad de una habitación a su antojo.

En la transmisión, oí que un periodista le gritaba: “¿Cómo te sientes, Ruby?”. Y ella entrecerró los ojos con ese encanto tan suyo, conteniendo la sonrisa, y miró de frente a la cámara, a mí, por un segundo, antes de responder: “Estoy ansiosa por seguir con mi vida. Por dejar todo esto atrás”.

Y, sin embargo, veinticuatro horas después, había venido aquí directamente —a la escena del crimen por el que había sido encarcelada— para hacerle frente.

Lo primero que pidió Ruby fue una cerveza. Todavía no era mediodía, pero a ella nunca la preocuparon esos asuntos tan mundanos como el qué dirán o la aprobación social. No trató de inventar excusas, como lo habría hecho cualquiera de nosotros —el verano; estar reunidas—, en busca de aceptación o de algún aliado en nuestras pequeñas rebeldías.

Se puso delante de la nevera, dejó que la bañara el aire frío.

—Jo, tía, esto sienta tan bien —dijo. Como si fuera algo que hubiera extrañado.

Cerró los ojos al inclinar la botella de cerveza, la garganta expuesta y en movimiento. Después, miró el cuchillo sobre la encimera, los trozos de sandía. Cogió uno y se lo llevó a la boca, masticó con lentitud exagerada, saboreándolo. Un aroma levemente dulce inundó la habitación, y yo imaginé el sabor en mi propia boca cuando ella se relamió.

Me pregunté si esto iba a seguir indefinidamente: cada objeto, cada experiencia, algo inesperado y que se da por sentado. Una locura.

Mi teléfono vibró donde lo había dejado, junto al fregadero. Ninguna de las dos se movió para mirarlo.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en enterarse todos? —preguntó, haciendo una mueca con la comisura de los labios mientras se apoyaba en la encimera. Como si intuyera los mensajes de texto que iban a llegar.

No mucho. No aquí. En cuanto la vieran, aparecería en el chat, si es que no había aparecido ya. Al comprar una casa en el vecindario de Hollow's Edge, automáticamente se pasaba a ser miembro de la Asociación de Propietarios, un grupo oficial, autogestionado, con un consejo directivo elegido que tomaba decisiones sobre nuestro presupuesto, recaudaba la cuota, establecía las reglas y las hacía cumplir.

A partir de allí, se recibía una invitación a unirse a un chat privado, sin control oficial, que al principio se creó con las mejores intenciones. Se convirtió en una bestia diferente después de la muerte de Brandon y Fiona Truett.

—¿Quieres que se enteren? —pregunté. “¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?”.

—Bueno, supongo que en algún momento se darán cuenta. —Se cruzó de piernas—. ¿Siguen todos aquí?

Carraspeé.

—Más o menos.

Los inquilinos se fueron en cuanto pudieron, pero el resto de nosotros no podía vender en ese momento sin sufrir grandes pérdidas. La casa de los Truett, junto a la nuestra, todavía estaba vacía, y Ruby Fletcher, inquilina de larga duración, había sido condenada por los asesinatos. Fue un golpe por partida doble. Tal vez, podríamos habernos recuperado de uno u otro, pero no de ambos.

Tate y Javier Cora, mis vecinos de la izquierda, querían mudarse, pero estaban a dos puertas de la escena del crimen y su agente inmobiliario les había aconsejado que esperaran. Pero hubo otros que fueron desapareciendo lentamente. Un prometido que se fue. Un marido al que casi se lo dejó de ver.

El cierre del caso trajo muchos otros cierres en el proceso.

—Los Wellman tuvieron al bebé. Un niño.

—Supongo que ya no será tan bebé —sonrió Ruby.

Apreté los labios en un gesto parecido a una sonrisa, sin saber qué decir, ni en qué tono.

—Y Tate está embarazada.

Ruby se quedó paralizada, con la botella de cerveza a medio camino de la boca.

—Debe de estar insoportable —supuso arqueando una ceja.

Lo estaba, pero no iba a decirle eso a Ruby. Yo siempre intentaba suavizar asperezas, disolver tensiones, un lugar que ocupé durante mucho tiempo en mi propia familia. Pero esta era la conversación más inocua que podíamos tener, así que continué.

—Y la mayor de Charlotte se acaba de graduar, así que vamos a perder a otra más cuando termine el verano. —Estaba llenando el silencio, las palabras salían con demasiada rapidez, casi tropezando unas con otras.

—¿No podríamos votar para que se fuese otro en su lugar? —preguntó, y yo me reí al imaginar los muchos nombres que propondría Ruby y preguntarme cuál sería el primero de la lista. Chase Colby, probablemente.

Parecía que el tiempo no hubiera pasado. Ruby siempre había sido así: cautivadora, impredecible. “Una personalidad hipnótica”, había declarado el fiscal. Como si todos nosotros fuéramos víctimas y, por eso, irreprochables en nuestra lealtad.

Era algo que me repetía a mí misma continuamente, para absolverme. Pero, entonces, entendí por qué ella estaba preguntando por todos, averiguando quién estaba y quién se iba a quedar: Ruby planeaba quedarse.

En realidad, no me había puesto a pensar demasiado adónde iría Ruby cuando la liberaran. No se me hubiera ocurrido que este fuera un lugar posible, con todo lo que había pasado. No habíamos hablado desde aquel día en el juzgado, después de que yo hubiese testificado, y eso casi no contaba: ella se había limitado a decir “Te debo una” cuando pasé a su lado.

Hice como si no la hubiera escuchado.

Si hubiera tenido que adivinar, tal vez habría pensado que

iría a ver a su padre a Florida. O que se refugiaría en la suite de algún hotel pagado por el equipo de abogados que la había liberado, para trabajar sobre los diferentes aspectos del caso con su abogada. Hubiera pensado que habría optado por desaparecer sin dejar rastro, y que habría aprovechado la oportunidad para resurgir lejos, como una persona nueva. Como una persona sin historia.

Miré el reloj que estaba sobre la nevera, vi que pasaba, arrastrándose, el mediodía; tamborileé sobre la encimera.

—¿Esperabas compañía? —preguntó. Volvió a mirar la bandeja con los bocadillos.

—Iba a llevar esto a la piscina. —Meneé la cabeza.

—Buena idea —coincidió—. Echaba de menos la piscina.

Se me revolvió el estómago. Cuántas cosas había echado de menos: el aire frío de la nevera, la piscina, a mí. ¿Iba a seguir enumerándolas, retorciendo el cuchillo?

—Enseguida vuelvo —dijo, y se dirigió al baño del pasillo, que estaba al pie de la escalera.

Lavé el cuchillo en cuanto salió de la habitación; apoyado en la encimera, era una provocación implícita. Cogí el teléfono y, rápidamente, miré los mensajes que se iban acumulando.

De Tate: “¿Por qué no nos dijiste que iba a venir?”.

De Charlotte: “Llámame”.

Los ignoré, pero le mandé un mensaje rápido a Mac, con los dedos temblorosos por los restos de adrenalina: “No vengas”.

No sabía cuánto tiempo pensaba quedarse. El equipaje de Ruby todavía estaba en la entrada de la cocina. Tal vez podría averiguarlo sin tener que preguntar directamente. Quise escuchar si corría el agua en el baño, pero en la casa reinaba un silencio perturbador. Solo el ruido de la gata, Koda, que saltó desde algún mueble en la planta de arriba, y el canto ahogado de una cigarra en los árboles de atrás, cada vez más sonoro.

Lentamente, abrí la cremallera del bolso más grande, miré el interior. Estaba vacío.

—¿Harper?

Aparté la mano con rapidez, se me enganchó un dedo en la cremallera. La voz de Ruby llegó desde lo alto de la escalera, pero desde donde estaba yo, solo se veía su sombra. No sabía qué podía ver ella desde ese ángulo.

Se dejó ver cuando me alejé de sus maletas, bajó la escalera lentamente, deslizando la mano por la barandilla.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Su voz había cambiado sutilmente, y así lo habían señalado durante la investigación; para algunos era hipnótica, para otros, maliciosa o iracunda. Todo eso junto, cargado en el filo de una navaja. En cualquier caso, llamaba la atención. Se entraba en sintonía fina con lo que Ruby iba a decir.

—¿Sobre qué? —pregunté, y sentí los latidos de mi corazón en el pecho. Tenía tantas cosas que decirle:

“Todos siguen pensando que eres culpable”.

“No sé por qué estás aquí”.

“Me acosté con tu ex”.

—Mis cosas. ¿Dónde están mis cosas, Harper?

—Ah —dije. No había tenido tiempo de explicárselo. No había pensado que podía ser un problema. Tampoco que ella podría esperar algo distinto—. Hablé con tu padre. Después.

Se detuvo en el escalón inferior, arqueando una ceja.

—¿Y?

Carraspeé.

—Me dijo que las donara. —No es que yo fuera poco compasiva, es que veinte años era mucho tiempo. Actuaba como si hubiera estado ausente una semana, no catorce meses.

Ruby cerró los ojos un momento e inspiró lentamente. Me pregunté si habría aprendido eso tras las rejas. No era así, en absoluto, como Ruby Fletcher solía manejar la frustración.

—¿Vino Mac aquí, por casualidad?

Dios, yo no sabía qué estaba preguntando. Todo lo que decía se enlazaba con algo más.

—Puedo llevarte de compras. Para lo que necesites —dije.

Podía comprarle ropa nueva, artículos de tocador. Podía ofrecerle alojamiento en un hotel, darle algo de efectivo, desearle lo mejor. Ojalá no volviera a verla.

Pero ella chasqueó los dedos en el aire, delante de mí.

—Después. —Se inclinó y cogió su bolso —el bolso vacío— y volvió a subir la escalera.

Se me ocurrió que, tal vez, yo estaba siendo testigo de un delito contra mi propiedad. Que ella iba a robarme y que yo iba a ser cómplice, porque así de fácil era volverse cómplice de los deseos de Ruby Fletcher.

No siempre habíamos vivido juntas. Nunca se habló de la situación, pero, pensaba yo, se sobreentendía que iba a ser breve y temporal. Cuando Aidan se fue de casa, cuando el padre de Ruby se jubiló y vendió la de ellos, surgió como una necesidad del momento, un período en el que las dos necesitábamos una pausa, ver dónde estábamos, entender nuestras circunstancias. Decidir qué queríamos hacer después.

Pero no se fue y tampoco se lo pedí. Parecía que las dos queríamos que se quedara. Habíamos hecho una alianza por conveniencia, aunque solo fuera para que alguien le diera de comer a la gata.

Había llegado a acostumbrarme a la soledad desde que ella se fue. Había llegado a valorar mi independencia y mi privacidad, estaba sola por primera vez desde la universidad. Sabiendo que, aquí, todo era mío.

Cuando bajó con mi ropa puesta —el tirante marrón de un bañador asomando bajo mi vestido negro sin mangas—, yo no tenía demasiados argumentos con qué discutir: me había desecho de sus cosas. Era más alta que yo, y ahora más delgada, pero en general nuestra ropa era de la misma talla.

Koda la siguió enredándose entre sus piernas, la traidora. Al principio, había sido la gata de Aidan; era decididamente

antisocial y, al parecer, despreciaba la atención de todos los humanos, con excepción de la de Ruby.

Ruby se recogió el pelo en una coleta, llevaba una de mis gomas para el pelo en la muñeca.

—¿Tienes unas gafas de sol que no uses? —preguntó.

La miré asombrada. Era como ver un accidente de coche a cámara lenta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

A modo de respuesta, abrió el cajón del mueble del recibidor —el mismo lugar donde siempre guardábamos las llaves—, el mismo lugar donde Ruby también guardaba la llave de los Truett cuando llegaba de pasear a su perro. Por un segundo fugaz, pensé que la estaba buscando; pero, en cambio, tomó la tarjeta electrónica de la piscina que abría la verja de hierro negro.

—Voy a la piscina. ¿Vienes?

—Ruby —dije, en tono de advertencia.

Con los labios apretados, esperó a que yo continuara.

—No creo que sea buena idea en este momento —dije. Seguramente lo sabía. Claro que lo sabía.

Volvió la cara, pero no antes de que yo viera lo que, creí, era un esbozo de sonrisa.

—Estoy quitando la curita —explicó mientras abría la puerta principal.

Pero eso no era del todo cierto. La cárcel había matizado sus metáforas. Estaba coqueteando con el infierno. Estaba derramando vinagre sobre una herida abierta.

Salió descalza; la puerta entreabierta era una invitación que yo no tenía intención de aceptar. No a plena luz del día. No en esa calle. No en este vecindario.

Ya era bastante malo que ella estuviera aquí, en mi casa.

Aun así, salí y la vi pasar frente a la casa de los Truett sin mirar el porche vacío ni las ventanas con las persianas bajadas. No vaciló ni cambió el ritmo al pasar frente a la casa donde,

supuestamente, entró en plena noche, sacó el perro fuera, encendió el motor del viejo Honda aparcado en el garaje y dejó entreabierta la puerta que comunicaba el garaje con la casa, para que, por la noche, Brandon y Fiona Truett murieran en silencio por intoxicación con monóxido de carbono.

Mi casa estaba situada en el centro de la calle; seis casas rodeaban el borde de la media luna, que tenía un amplio círculo asfaltado con un montículo de hierba en el medio, y una serie de árboles que bloqueaban la vista al lago en verano, pero no en invierno.

La piscina estaba en la calle principal, la bordeaba el bosque y tenía vistas al lago, y, desde cierto punto de vista y con ánimo generoso, podía pasar por una piscina infinita.

A medida que Ruby iba pasando frente a todas las casas, yo imaginaba que las cámaras de seguridad la estaban filmando. Que la estaban vigilando. Que la estaban grabando en segmentos temporales que luego podrían unirse para seguir cada uno de sus movimientos. La casa de los Brock, cuyos videos habían captado un ruido esa noche. La casa de la esquina, de los hermanos Seaver, cuyo timbre con cámara había registrado la silueta encapuchada que pasó caminando, y que tenía mucho más que contar sobre Ruby Fletcher.

Ahora ya no tenía a Ruby a la vista; probablemente, había dejado atrás la casa de los Wellman, cuya cámara la había tomado corriendo a toda velocidad para internarse en el bosque, en dirección al lago.

Yo estaba escuchando el silencio con mucha atención, cuando percibí un movimiento por el rabillo del ojo.

Tate estaba de pie en la entrada de su garaje, al lado de mi casa, mitad dentro, mitad fuera, con los brazos cruzados sobre el estómago. Nuestros chalés independientes estaban a pocos metros de ser adosados, con medianeras compartidas. Estábamos prácticamente una junto a la otra. Sentí su mirada clavada en mi perfil.

—No sabía que venía —dije.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar? —preguntó Tate.

Pensé en el bolso que estaba en casa.

—Todavía no lo sé.

Oficialmente, Tate y Javier Cora no habían visto ni oído nada esa noche, llegaron a su casa luego de una fiesta después de medianoche, y no había nada en su cámara. Extraoficialmente, no los sorprendió. Ahora, yo sentía los dientes apretados de ella, pero no sabía si era por enfado o por miedo.

Tate medía un metro y medio, y además era de constitución delgada. No supe que ese no era su nombre de pila hasta la investigación. Era el nombre que usaba de soltera, pero ella y Javier se habían conocido en la universidad, donde ella jugaba al *lacrosse*, y en ese entonces todos la llamaban Tate. También él. Todavía llevaba el abundante pelo rubio recogido en una coleta alta, y una cinta en la cabeza, como si la fueran a llamar para entrar al campo de juego en cualquier momento. Podía imaginarla. Era capaz de invocar una intensidad que compensaba su tamaño.

Todos conocían a Tate y a Javier como la pareja sociable del vecindario. Los fines de semana organizaban barbacoas en su casa y ayudaban a planificar eventos sociales.

—Haz algo —pidió Tate, abriendo mucho los ojos.

El embarazo la había vuelto menos sociable, más demandante. Pero todos nos habíamos endurecido con el paso del último año y medio. Todos nos habíamos vuelto, sucesivamente, más escépticos, recelosos, impenetrables.

Yo asentí con indiferencia.

Las dos nos quedamos mirando en la dirección por donde se había ido Ruby.

—Chase se va a poner como loco cuando la vea —dijo, antes de meterse en su casa.

Aunque Tate tenía una tendencia a exagerar, esta no era una de esas ocasiones.

Si Chase la veía allí...  
Si nadie se lo había advertido antes...  
Tomé mis cosas de prisa y fui tras de Ruby.